

ALEJANDRO LORA RISCO

D O N A L F O N S O , M E X I C A N O
U N I V E R S A L

“El ideal de toda carrera humana, de toda verdadera conducta, es el acercarse a la Unidad cuanto sea posible”.—
A. R.

1. Con qué vertiginosidad la muerte le devuelve a la vida sus inequívocos contornos: para que sea más vida y para siempre. *Tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change*. Imposible que en esta apenadísima recordanza dejara de resonar el más enigmático y eufónico —y el más gnómico, diría Robert de Souza— de los versos, versos de una poesía que el joven Alfonso Reyes mágico, al desflorar con el mayor esmero, denominase *fiesta del entendimiento*.

Sin duda, la muerte ha puesto en movimiento los contornos definitivos, substanciales, de su obra universalmente preñada. ¡Un diverso, risueño y riquísimo tesoro intelectual!

2. Plañido ya por quienes entienden de estos lloros, permítasenos usar del homenaje con otra perspectiva, poniéndolo a manera de reflector que de pronto nos iluminara una escena escabrosa. ¡Hemos dicho el tesoro de Reyes! Pues bien, el problema está en quien lo herede.

Es lo más difícil calcular a quién se destinan los legados culturales, pues el heredero real, quiero decir el auténtico, tarda a veces hasta varias generaciones en aparecer, y cuando no, quedan intactos o pasan a una órbita cultural completamente distinta. Pero no vayamos tan lejos. El legado de don Alfonso se destina a fomentar la fertilidad de nuestros suelos y subsuelos culturales, de nuestra cultura ya en ímpetu de verticalidad, aunque no se pueda decir todavía, por mucho que el optimismo y el entusiasmo nos dominan, si parará en columna. Nuestras virtualidades son verdaderamente abrumadoras; las posibilidades, sin embargo, de realización, archiproblemáticas. El que no podamos convertirlas en actos, depende por supuesto de un factor desconocido, que nuestra cultura está aún muy lejos

de haber engendrado, ni tan siquiera vislumbrado. Para permanecer dentro de un encuadre *culturoológico* del problema, añadamos que ello se debe a que el escaso volumen de las múltiples corrientes culturales dispersas en los distintos territorios de América, discurre sin el auxilio de un elemento fusor que las domine y les restituya la Unidad a que, por principio, tienen derecho, y sin la cual su dispersión y propagación sólo puede tener un valor negativo, y no precisamente positivo. De donde salga ese factor imponderable, no se puede adivinar, y es muy difícil averiguarlo. Aquí sólo lo consideramos en su función de incógnita, como una *x*.

La obra de Alfonso Reyes me gustaría definirla como la más impresionante de las tentativas por aislar dicha *x*, y, magníficamente calcificada, entroncarla, injertarla como un tronco, en nuestro gran mosaico étnico-cultural hispanoamericano. Quiero decir: el único intento magistral y completo que exista, la base, el éntasis, la columna misma ya en pleno surgimiento . . .

Pero ello mismo significa contraer un compromiso vital con el legado de Reyes que no sabríamos decir hasta qué punto nos hallamos en condiciones de llevar adelante, confrontando sus últimas consecuencias. Pues la Cultura no es toda la Sociedad, y la Sociedad, muchas veces, sin sospechar que se acrimina con sus propios cimientos, arrambla o paraliza su sustentación cultural.

3. ¡El legado de Reyes! ¿Está realmente América capacitada para alimentarse de este tesoro al mismo tiempo que para incrementarlo, ya que es inconcebible el primer acto, la primera acción, si no va acompañada de la segunda? Creo que a don Alfonso le habría gustado mi pregunta. Lejos de extrañarse, le habría dado su aprobación *ipso facto*. Y si no la hubiera encontrado exactamente formulada, dándole vuelta, reacuñándola con su gracia, con su delicadeza, con su honradez inconfundibles, ya habría encontrado el modo de que todos comprendiésemos su sentido.

Si es verdad que todo problema de cultura supone un arduo y dilatado trabajo de asimilación cultural, no hay interrogante americano más candente. ¿Cómo asimilar cultura para prescribir la dosis que podemos aprovechar aquí y ahora, la que podemos sostener con nuestras cabezas sobre la base de lo que han llegado a arraigar nuestros pies en lo sólido de la tierra? ¿Cómo dosificar cultura para desarrollarnos armoniosamente? Ya sabemos que la pregunta envuelve

un círculo vicioso, pues para poder administrar cultura es preciso estar ya un poquillo indigestado de ella. Sin embargo, es muy fácil encontrar la pregunta y la respuesta implicadas en la obra-vida del propio Alfonso Reyes, el más cauto, el más providente de los removedores del mundo que conozcamos. Indudablemente, los hombres —y con mayor razón los pueblos—, necesitan también de un *Ersatz*, de un factor inesperado, al que hay que volver a llamar con su clásico nombre, el *ángel*, para no caer vencidos por el peso de la cultura, ya que el mero hecho de no andar dando tumbos carece de importancia. Es indispensable surcar alado en medio de la densidad cultural.

4. No es la primera vez que América da al mundo una egregia cabeza: la menos empastada y reteñida por los tintes de una naturaleza ni bucólica ni fragorosa: inenterrable (el arte debe enterrar primero a la naturaleza para que a ésta le dé en imitarle). Digan lo que quieran los que le consideran mexicanísimo hasta el tuétano —pero sin duda que son dos cosas distintas—, ninguna cabeza menos americana que la suya. Su aticismo, su bonhomía, sus rasgos capitales, personales, podrán ser, repito, todo lo mexicano que se quiera. Pueden hasta haberse impregnado con ellos los immaculados rasgos de su pluma. El paisaje de la meseta y del valle de México pueden también haber armonizado con la esmaltada transparencia y nitidez del estilo. Otra cosa es la materia intelectual en que está fundido su espíritu.

Sé muy bien que postulo un motivo de indignación. Y ahora él no está vivo para defenderme. Pero sé asimismo que nada le habría gustado más que vernos mantener nuestra palabra. ¿No ha luchado Alfonso Reyes a brazo partido por helenizar, goethizar, reespañolizar, afrancesar, administrando sublimes inyecciones de todas estas drogas, en el amplio recinto en cierne de nuestra *americanidad*? La helénica gracia, el rigor goethiano, la ética hispana, el refinado gusto gálico, la ardentía itálica, etc., poblaron el pensamiento de Reyes con que se pobló el cielo espiritual de nuestra América. Aun reducida América a México, su patria sigue siendo no más el fértil suelo en que se hinchan de ambición sus raíces. Sus brazos, su sombra, su mirada, comprenden todo el pensamiento del Hombre.

5. Para cualquiera de nosotros, pertenecer a nuestra propia patria, supone un enorme esfuerzo de compenetración, un trabajo mental y psíquicamente recargado, difícil de empezar y más difícil aún de re-

matar. Otra cosa es el patrioterismo, que no cuesta nada. Ponemos, pues, en ello todas las ganas de nuestra voluntad, mientras la obligación de ser amantes de la madre nos someta a su pecaminoso yugo. Mas Reyes era involuntariamente el hijo amantísimo. No se preocuparía de legalizar jurídicamente a la madre, para aprovecharse él, luego, de la legitimidad. Todo acto del hijo es una continuación incisiva de la madre. En los más bellos actos, sobre todo, que son los gestos artísticamente controlados, la *madre* recupera su exuberancia.

La limpidez, la tersura, la levedad de su comportamiento artístico y humano, me parece a mí, le venían de eso: jamás tuvo que intimidarse a ser aquello que todos quieren que seamos a la fuerza, puesto que nadie sabe serlo aún *naturalmente*.

México es el fondo natural, y lo será siempre, del carácter de Reyes, en su vida y en su obra. No tenía por qué apoderárselo de viva fuerza, en un falso o estudiado arrebató de ardor. Se vio libre de tener que guardar u ocultar con un ropaje de exaltada patriotería, el remordimiento que ello hubiera significado. Se burló del jingoísmo en la forma más elegante que imaginarse pueda. Y así no tuvo dificultad ninguna de encontrarse ya en México instalado en el mundo. En el plexo solar de la antigüedad, Grecia y Roma, en las edades de oro y en todos los momentos culminantes de Francia, España, Alemania, etc. Todos corazones, centros tróficos todos de su mexicanidad.

6. Y aquí está, sin duda, la rudeza del contraste. No acabamos de tantear las murallas de nuestro contorno y ya nos vemos lanzados extramuros, en pos de fulgurantes horizontes. Reyes nos propone un pensamiento universal en viva oposición con la tenacidad con que queremos reducir a nuestro ombligo étnico toda la esfera del Tiempo y del Espacio. Este es efectivamente el problema. Cuanto más grande es la balumba que se nos viene encima, más nos precavemos de ella sacando a relucir el derecho de nuestros rincones a ocupar una plaza definitiva en el estruendoso universo de la Historia y de la Cultura. Alfonso Reyes se lo sabía de memoria. Y todo el trabajo de su vida, todo su escrúpulo de artista, consistió en inventar una manera humana de que los contrarios se integrasen en amigable e íntima comunión.

El maestro tuvo el incomparable tino de acercarnos al lóbulo de la oreja, para que no nos fuéramos a espantar como del coco, el uni-

verso de la cultura que se labró en la mar de susurrantes y comedidos caracoles. Sus escritos, millares de fragmentos unidos por una trabazón ideal, pertenecen a la médula del pensamiento humano en la misma *forma* que estos moluscos de espira desconcertante y caprichosa, más siempre de soluciones matemáticas, al reino inagotable de la naturaleza.

¿Cómo podemos saber lo que pesamos en el mundo antes de haber aprendido a tomar el peso *universal* del mundo? Alfonso Reyes se aplicó con voluntad de artista y alma de hombre sensible a la Unidad, a desplegar ante nosotros esta difícilísima perspectiva, que si no se abarca de golpe, de una buena vez, no sirve para nada. Nos educó, además, en el espíritu de estos cuatro principios cardinales: la concisión, el rigor, la elocuencia y el sprit.

7. Y otro rasgo dominante de su carácter. Fue apaciguador de los ánimos por excelencia. Quién no se amansa leyéndole su sabrosa y chispeante homilía. Quizás, gracias a él, las disputas entre artistas de irreconciliable tendencia, se hayan acabado en América; quizás han acabado por estrecharse las relaciones de los tibios. Ahora se puede conversar sin gritar mucho; discutir hasta de gustos y colores sin tener que ruborizarse. Se puede proclamar en alta voz, por ejemplo, el valor sagrado de la Forma, de la forma del arte y de la forma del pensamiento y de la forma de la escritura, sin que el perverso aguijón de los enemigos de la forma y de la claridad del pensamiento, nos hinque venenosamente.

Cuánto se esforzó el noble maestro por conculcarnos lo que, a pesar de todo, será lo último que se nos entre en el caletre: que la cultura es una cuestión primordial de hazaña de la forma. Que la cultura sin cultivo es como un arte sin artificio. Que lo que no se aprende no se sabe. Que saber aprender es lo más difícil que hay sobre la tierra. Pero que se puede aprender si se quiere. Que se dispone de métodos preciosos para que aprendan a jugar este juego los que se sientan llamados a saber, a juzgar, a aleccionar. Hay que pulirse para saber si dentro está, efectivamente, la almendra, o si sólo aparece la cavidad sombría del alvéolo.